

HOY la curiosidad y la expectación se centran sobre un árbitro de fútbol; se llama Rigo. Es una de esas famas o popularidades súbitas, que aparecen en el fenómeno de masas de nuestro tiempo, y las mueve el molinillo de papel de los medios de información. La pequeña historia de este hombre es reciente, simple y sugestiva. Parece ser que hizo un arbitraje desfavorable para el Atlético de Madrid en su partido de semifinales con el Barcelona, al lado mismo del Manzanares. Lejos de ser un «arbitraje casero», que es una usual benevolencia de cortesía con los propietarios del terreno, resultó ser un arbitraje desconsiderado. Al ma-

ñana Ilorquín Rigo se le empezó a suponer, a partir de ese día, cierta molestia contra el «centralismo» de Madrid, que su paisano don Antonio Maura no había visto nunca. Porque la verdad es que Madrid se desazona siempre cuando no se cubre el cupo de

los catalanes; y es que éstos a veces no se enteran. El asunto Rigo era entonces todavía discutible. Aquel mal arbitraje podía imputarse tanto al error, como a la intención de favorecer al equipo forastero. Pero aquella supuesta parcialidad se puso de manifiesto de manera rotunda para mucha gente en el segundo partido, esta vez en Barcelona. Los partidarios del Atlético de Madrid, y otras muchas personas no asimilables en el trayecto sur del Manzanares, dijeron que Rigo había robado el partido al Atlético de Madrid. Rigo se convirtió de la noche a la mañana en un árbitro acusado de venalidad. El propio Atlético de Madrid tomó el acuerdo solemne y firme de recusarle a perpetuidad. Parecía que lo más prudente, por parte de las autoridades del fútbol, era excluir a Rigo del partido de la máxima responsabilidad, el de la más vibrante expectación, y el de la más ardorosa calentura deportiva, como es el partido final entre el Real Madrid y el Barcelona.

LOS políticos son más prudentes que los dirigentes del fútbol nacional. Los primeros se dejan mecer por la corriente, como Moisés, el de los grandes destinos, en aquella barquilla del Nilo; son los que mudan de opinión, y ello es, no porque sean volubles, sino porque la «opinión» lo es, y ellos son desleales con ellos y fieles con la «opinión»; mientras que los segundos, los dirigentes del fútbol, manejando sentimientos de aficionados, son rigurosos con la «afición». Resulta que, a pesar del clima peligroso, fué designado Rigo. Era todo un desafío al apasionamiento deportivo. Parece que las autoridades del fútbol excluyen otros razonamientos que no sean los de sus propias convicciones en la honradez de los árbitros. Tampoco en la política ocurre esto: a veces se sacrifica a personas admirables por la electricidad que llevan encima en circunstancias concretas. Lo de Rigo se habría olvidado si no se hubiera producido su designación para arbitrar el partido de pasado mañana. Ahora Rigo tiene más voltaje que el partido; ha resultado lo sorprendente: hay más interés público por ver el arbitraje de Rigo que por el partido mismo.

ESPIRITUS superficiales —sin perjuicio de otras respetabilidades en sus personas— han denostado la pasión española del último medio siglo por el fútbol, sin pararse a meditar sobre su valor como una realidad transferible, en cuanto a sistema, a otras áreas más trascendentales de la convivencia. Poco menos que se ha llegado a decir que el Régimen había estimulado el fútbol para que la gente se desahogara en los terrenos de juego y se olvidara de otras cosas. Si no hubieran existido Amberes, Zamora o Samitier, alguien habría dicho que el fútbol se inventó en Burgos, y figuraba en los Principios del Movimiento Nacional.

EL fútbol, sin embargo, ha tenido una expectación no circunscrita a capas sociales de formación débil, sino que moviliza toda la diversidad de categorías personales. El fútbol lleva malhablados solitarios, y matrimonios maduros y cristianos con su mantita para las piernas; académicos de la Lengua, generales, magistrados, señoras muy guapas (aunque un poco menos guapas que en los toros), curas seguramente con permiso, y exilados del interior. El fútbol respeta la igualdad de oportunidades; tiene unas reglas o un código; un terreno de juego; y un árbitro o un juez.

AL aire del interés público hoy trae Rigo el tema del juez o del árbitro. Un deporte con tanta severidad de normas, y con un sistema de orden tan irreprochable, no parece que pueda permitir que los clubs recusen a los árbitros. Esto constituye una denuncia de parcialidad o de venalidad del juez. Los clubs, como los Partidos en la vida política, son los interesados, los apasionados. Pero el árbitro debe ser un hombre respaldado de confianza. En la vida normal, los jueces se equivocan alguna vez, y no por interés de ninguna clase; pero no por eso dejan de seguir siendo jueces. Se dirá que la comparación entre un árbitro de fútbol y un juez es excesiva. Pero será excesiva únicamente en función de que el juego no es la vida; de una diferente jerarquía social en funciones; pero serán iguales respecto a su deber principal. En este punto la autoridad deportiva ha hecho bien en designar a Rigo: ¿pero esta autoridad deportiva puede responder a su vez de la honradez y de la competencia de los árbitros, como responde el Estado y la sociedad de la independencia de los jueces?

RIGO alcanza el entorchado de arbitrar esta original final, tras un largo recorrido de abajo a arriba como se ha hecho la gente más dura. Arbitrar en Tercera División, con el patriotismo local en las gradas, y la virilidad de los jugadores como supremo recurso en el terreno de juego, tiene una colosal abnegación. Una vez, cierto Gobernador civil, finalizado el primer tiempo en el que perdía el equipo de casa, visitó al árbitro en su caseta y le dijo, con la firmeza de la autoridad y la convicción en que uno de sus deberes como gobernante de una provincia era mantener el orden público: «Es costumbre de este vecindario que no gane nunca el equipo forastero.» El árbitro se vió libre de sus deberes en función del interés general o del bien común —que es doctrina y moral del siglo XX— y concedió dos penalties al equipo de casa en el segundo tiem-

po. Parece ser que Rigo, que es un árbitro sin amor a las costumbres locales de otros, no fué aquél. A medida que un equipo asciende a categoría superior, el árbitro está más respaldado contra la costumbre de querer ganar que tienen todos los vecindarios.

LA ciudad más moderada con los árbitros es Madrid, porque es donde menos se cristaliza el patriotismo de una provincia, y el Gobernador, cuando desea descubrir o gozar su autoridad, tiene que viajar a Torrelaguna o a San Martín de Valdeiglesias, porque incluso es dudoso que Aranjuez o El Escorial sean ciudades acogidas a su tutela o gobierno. Madrid apenas si sabe que tiene provincia; pero es que tampoco es una ciudad; aquí todos los equipos forasteros tienen un núcleo a favor, bien por la minoría regional instalada en Madrid, o porque un equipo tiene siempre su «oposición». Zaragoza, Barcelona o Valencia, cuentan con un apoyo más general del vecindario. Pero en este caso Rigo va a tener la hostilidad de los atléticos y el recelo o la suspicacia de los partidarios del Real Madrid. Nunca había sucedido algo semejante. Rigo va a estar solo ante el peligro, con todo el país encima, mirándole a ver si repite la flamenquería de los partidos recientes. Rigo ha dicho a uno de nuestros redactores que en ese partido se juega su porvenir. Pero hay algo más importante que el porvenir profesional de Rigo como árbitro. Lo que se va a ver como nunca se ha visto es el oficio de árbitro; esa institución entre dos contendientes, que tiene el encargo de hacer cumplir la ley.

LOS presidentes de los dos clubs, Bernabéu y Narciso de Carreras, son dos viejos zorros que tienen más sabiduría que creencias, en su original dignidad social de líderes de la pasión pública. El jefe político de Bernabéu no sé quién ha sido; el de Narciso de Carreras ha sido Cambó. Las fronteras del fútbol y la política son borrosas. Mientras el público se coma los labios y taladre a Rigo, ellos van a ser felices. Saporta, la mente más clasificadora y menos clasificable, el espíritu más alerta del Real Madrid, brujuleará príncipes, ministros y lo que decía aquel chotis de Lara «la crema de la intelectualidad»; y otras cremas; acomodará al «establishment».

SI uno pudiera estar seguro —que quiero estarlo— de la honradez inatacable de los árbitros, estaría conmovido ante el espectáculo de Rigo. No hay que seguir la filosofía del oportunismo en nada; la oportunidad es otra cosa. Un hombre con su conciencia, dictándole sus actos, y ejerciéndolos, es un ser libre; mientras que el triunfo, apoyado en razones ajenas a sí mismo, es un alquiler, o una abdicación, o una venta. Dicen mis viejos idealismos que un hombre en sí mismo es más importante que su proyecto de vida. Voy a ir al partido únicamente para ver a Rigo, sin importarme nada el resultado; conozco las reglas de juego, aunque con menos autoridad, pormenor y brillantez que Pedro Escartín; sé lo que pasa en el área, aunque no lo vea; y voy a relacionar público y árbitro, pueblo y juez. Un partido de fútbol planteado en estas condiciones, es una buena enseñanza para otros campos donde se juegan partidos más importantes.